



El 15 de Septiembre se celebra en El Salvador y en los demás países de Centroamérica la conmemoración de la fecha en que los pueblos centroamericanos se liberaron del dominio español en 1821. Fue un paso decisivo en la historia patria, animado por los próceres, buen número de los cuales eran sacerdotes católicos, que se rebelaron política y no militarmente contra unas relaciones políticas y económicas, que no permitían a estos pueblos la capacidad de autodeterminación que necesitaban para llegar a ser pueblos realmente libres e independientes. Empezó entonces una aventura histórica, que no ha avanzado siempre por buen camino. Por ello, hay que volver una y otra vez sobre el tema de la independencia nacional. La independencia de las naciones como la libertad de las personas se hace día a día, se conquista hora a hora y se puede perder en cualquier momento. Más aún, la independencia nacional cobra características distintas en cada coyuntura de la historia y por eso cada conmemoración de la gesta independentista ha de ser diferente: diferente en el recuerdo de lo que fue aquel primer 15 de Septiembre, diferente en el análisis de lo que es esa fecha en 1982, diferente en lo que ha de proponerse la patria como tarea futura para llegar a ser cada vez más una patria libre.

Este último 15 de Septiembre ha tenido, en efecto, sus características particulares. Por parte de un Gobierno, que por primera vez en muchos años es presidido por un civil y no por un militar, ha sido celebrado de forma predominantemente militar. Pudiera decirse -y se ha dicho- que hubo mucho pueblo en el estadio de Flor Blanca y en las calles de San Salvador, mientras se hacía un gran despliegue de fuerza militar. Pero este pueblo reunido, cuya cifra pudo alcanzar sesenta mil personas más que paliar el significado militarista de la conmemoración lo resaltaba más, porque era decirle al pueblo cuán heroicos y cuán indispensables son los hombres de armas para lograr la independencia nacional. Y es que por parte del Gobierno la independencia nacional en este momento significa guerra civil contra la subversión, guerra que cuesta mucha sangre y muchas víctimas del pueblo salvadoreño, guerra para la que



se suplica el apoyo del pueblo salvadoreño, de las gentes de nuestro pueblo, muchas de las cuales con quince, dieciseis y diecisiete años son obligadas a combatir. Guerra, sobre todo, en la que se hace presente de modo claro y hegemónico una nación extranjera y extraña, los Estados Unidos de América, que unían sus paracaidistas a los paracaidistas salvadoreños y unían su charanga verbenera a la banda de militares salvadoreños que con toda dignidad interpretaba el himno nacional y otras marchas patrióticas, más acordes con el dolor de unas madres que eran condecoradas por sus hijos caídos en el combate. El discurso del Presidente Magaña unía también independencia y guerra, la letra del himno nacional con la actividad militar en la lucha contra la subversión. Quiere todo ello decir que desde el lado del Gobierno la independencia significa en 1982 el liberarse de una parte del pueblo salvadoreño, llamada la parte de los subversivos, por el camino de la guerra y de la alianza con un país extranjero que mira más por su seguridad que por nuestra libertad. No es, por tanto, independencia nacional, independencia de toda la nación y de todos los salvadoreños, sino triunfo de unos salvadoreños -sean muchos o pocos- contra otros salvadoreños, que también pueden ser muchos o pocos.

Por el otro lado, en las montañas de Morazón y de Chalatenango también se celebraba el día de la independencia nacional. Pero se celebraba de modo distinto, porque se veían las cosas desde otro punto de vista. El FMLN abría también la conmemoración alzando la bandera azul y blanca junto a la suya propia, entonaba una y otra vez el himno nacional, recordaba jubilosamente a los principales padres de la patria. Pero su mensaje principal no era contra la otra parte de los salvadoreños, ni siquiera contra el ejército contrario con quien mantiene una dura lucha; su mensaje principal era en favor de la independencia nacional, pero una independencia nacional entendida como independencia respecto de la dominación de Estados Unidos, como liberación de la intromisión norteamericana en los asuntos nacionales, como liberación de la explotación del pueblo salvadoreño por salvadoreños y por extranjeros. También ellos ha-



cían hincapié en la guerra, también ellos ponían un fuerte acento en lo militar. Pero con una gran diferencia: ofrecían terminar inmediatamente con la guerra por el camino de la negociación, por el camino del diálogo, ofrecían terminar cuanto antes con esta guerra que el Papa Juan Pablo II ha llamado fratricida, guerra entre hermanos, expresión que también ha recogido de pasada un alto jefe militar de la Fuerza Armada.

Hubo pues en esta doble celebración diferencias, pero hubo también elementos de unidad. Dejemos de momento ese factor común que puede representar la guerra y la confianza en las armas y aproximémonos a otros factores de unidad, que pueden superar las causas y los efectos de la guerra en pos de una auténtica independencia nacional.

El elemento esencial de coincidencia está en que los mejores de ambas partes quieren que se dé una nación y que esta nación sea independiente. Hoy tenemos una nación dividida, rota y contrapuesta. Dividada no sólo por diversas concepciones e ideologías, ~~que~~ esto sería legítimo, sino dividida por la injusticia estructural y dividida por la guerra. El aspecto más aparente de la división es la guerra, el conflicto que asola al país por vía de la represión, por vía del sabotaje y por vía de los enfrentamientos militares en una guerra irregular. Pero la raíz profunda de este conflicto social, como lo recordaba recientemente Juan Pablo II, es la injusticia social: "me doy perfectamente cuenta de que las discordias y ~~divisiones~~ las divisiones que turban todavía vuestro país y causan nuevos conflictos y violencias, encuentran su raíz verdadera y profunda en las situaciones de injusticia social" (Carta a los Obispos salvadoreños, 6 de Agosto, 1982). Hoy tenemos también una nación dependiente y sometida: nunca El Salvador, una vez pasados los primeros conflictos post-independentistas, ha dependido tanto de un país extranjero y extraño como depende actualmente de Estados Unidos. Dependemos militarmente en la entrega de armas, en el entrenamiento de nuestra tropa y oficiales, en la conducción misma de la guerra; ~~dependemos~~ dependemos social y políticamente porque la Administración Reagan deter-



el proceso que ha de seguirse para encontrar la solución que estima la mejor; dependemos económicamente porque en manos norteamericanas están la suerte de las reformas y el flujo de ayuda económica sin el cual el colapso nacional sería inminente; dependemos diplomáticamente porque ellos deciden nuestra posición en los problemas internacionales y llevan adelante nuestra imagen internacional. También el FMLN tiene sus propias dependencias y ligaduras, pero los mismos expertos norteamericanos reconocen que su dependencia del exterior es mucho menor de la que oficialmente les atribuye Estados Unidos y mucho menor de la que tienen el Gobierno y el ejército salvadoreño respecto de Estados Unidos.

Pues bien, sobre estos dos pilares de la unidad y de la independencia, que deberían ser bases esenciales de los proyectos políticos de ambas partes involucradas en el conflicto puede y debe buscarse un fundamento para la coincidencia. Son dos pilares interrelacionados: sin unidad no puede haber independencia y la independencia fomentará la unidad, una unidad nacionalista, que no niega las diferencias, no niega el pluralismo.

Queremos insistir ante todo en el problema de la unidad, porque de ella va a ser el fundamento de la independencia y porque ella es, además, el remedio inmediato del conflicto. Luego hablaremos de la independencia.

Por lo que toca a la unidad ha de reconocerse que en ambas partes se dan hombres patriotas, que tienen como mira principal el bien del pueblo o el bien de la nación antes que el bien personal o el de un determinado grupo. No se es bueno por pertenecer a uno de los lados ni se es malo por pertenecer al otro. Tildar al adversario, por el mero hecho de serlo o porque mantenga una ideología contraria a la propia, como criminal, como antipatriota o mal salvadoreño, es una deformación pasional. Los contrarios no tienen por qué ser enemigos y, menos aún, enemigos mortales, enemigos para quienes se busca la muerte; ni siquiera tienen por qué ser enemigos excluyentes

en el todo nacional, en la totalidad una de la nación. Ciertamente habrá culpables, habrá asesinos, habrá intransigentes. Pero es necesario demostrar que lo son y no presuponer de antemano que son culpables por pertenecer a la parte contraria o simplemente por simpatizar con ella. En este sentido debe haber un cambio de lenguaje, que el FMLN ya lo ha emprendido y no así la parte contraria. Hay demasiada pasión en el conflicto salvadoreño, y si la pasión ayuda a fomentar el coraje, la valentía y el sacrificio también impulsa al engeguamiento; hay mucha desinformación y esto dificulta el acercamiento racional de las partes en conflicto. Se da así por evidente desde la prensa y por parte de los voceros del Gobierno, de la Fuerza Armada, de la empresa privada y aun de algunas partes de la Iglesia, que los miembros del FMLN y aun los del FDR son subversivos, mentirosos, maniobreros, totalitarios, comunistas, rencorosos y de malos instintos, sin moral; en consecuencia, se convierte en delito hablar con ellos, tratar de entender sus razones y sus propuestas. Y, en el otro extremo, se da por evidente que todo empresario es objetivamente un explotador e instigador de grupos paramilitares, que todo militar es un lacayo de la oligarquía dispuesto a venderse y a utilizar su fuerza contra todo proyecto de justicia.

Todo ello hace obligatorio un gran esfuerzo de comprensión: comprensión de lo que es actualmente la situación nacional y comprensión de los distintos grupos, instituciones y personas que son agentes o pacientes de la situación en que vivimos. Nada peor para salir del conflicto que aferrarse tercamente a las propias posiciones exclusivistas. Desde luego que ha de haber criterios propios, convicciones sólidas; no se puede estar saltando de un extremo a otro, como a muchos les ocurrió el 15 de Octubre de 1979, para lucrar ganancias personales o para ponerse al lado del triunfador, ni siquiera para sobrevivir. Pero no debe haber dogmatismos sectarios, entercamientos pasionales. No se puede estar por el hoy o nunca, por el todo o nada; tal vez hoy no pueda conseguirse todo, pero eso no supone que se va a quedar con nada para siempre. Comprender la realidad y comprender al adversario son dos tareas imperiosas que la nación requiere para lograr un mínimo de unidad. No pongamos las causas de nuestros



males en las personas cuando son las estructuras injustas las causas verdaderas de ellos; no pogamos las soluciones en los cambios de gobierno cuando las soluciones están en los cambios estructurales. Ciertamente que las personas y los grupos deben también cambiar. Estamos viendo en estos mismos días cómo los grupos se disputan los puestos políticos; vemos como siguen saliendo del país los capitales para refugiarse en el extranjero dejando al país sin divisas y sin trabajo; vemos cómo siguen los desaparecimientos, los asesinatos... No se puede ser ingenuo y la comprensión no tiene por qué ser tolerancia permisiva o inacción cobarde. Pero junto al amor y la lucha por la justicia, junto al propósito ineludible de defender al oprimido, debe hacerse presente un esfuerzo por conocer las cosas como son sin darlas por ya sabidas y debe hacerse un esfuerzo humanitario para ver lo que de bueno y recuperable hay en todo hombre, que no ~~hay~~ ^{haya} decidido pecar contra la luz, porque el peca contra la luz, el que hace de las tinieblas y del error la luz y la verdad, ese sí no tiene salvación.

Esta comprensión que debe conducir a la ^{unidad} ~~verdad~~ tiene que relacionarse con el diálogo. Se requiere un cierto grado de comprensión para iniciar el diálogo así como una cierta dosis de coraje que a algunos parece faltar, pero será el diálogo el que abra las fronteras de la comprensión. En los meses de Septiembre y de Octubre ante el leve anuncio de que se habían comenzado a preparar contactos entre ambas partes contendientes se ha respondido inmediatamente con un lenguaje incendiario de protesta intransigente y lo que es peor con cateos y secuestros de presuntos dirigentes del FDR en el interior del país; secuestros negados en un primer momento y después reconocidos por presión internacional. ¿Por qué tanto miedo al diálogo? ¿Por qué ~~existe~~ tanta resistencia al acercamiento? La respuesta no es difícil de encontrar: se teme a la razón y a la habilidad del adversario, se teme a la propia debilidad, se teme la pérdida de una situación insostenible. También ~~no~~ puede aceptarse -hagamos nosotros mismo uso de la comprensión que recetamos a los demás- que algunos de los que se oponen al diálogo piensan que éste traerá males graves e irreversibles al país. Pero el



diálogo en sí mismo no es un mal sino un bien y no tiene por qué ser irreversible. En el mundo actual, en el que hay tantos conflictos, la mayor parte de las naciones y las propias Naciones Unidas buscan a través del diálogo la solución de los problemas. Sólo los dictadores, los totalitarios o los prepotentes lo eluden. Lo eluden también, como ya hemos dicho, los débiles, los que no tienen razón, por mucho que apelen al patriotismo y al pueblo.

En el caso presente de El Salvador no basta con la comprensión y el diálogo. La unidad es urgente para resolver los problemas económicos y sociales del país, y esa unidad no podrá darse si no se termina con la guerra. La guerra es hoy en su triple faz de enfrentamiento de dos ejércitos, de represión de la población civil y de sabotaje la expresión máxima de la desunión. Hay, pues, que acabar con la guerra para que termine el sabotaje, la represión y el enfrentamiento. La guerra en vez de superar la desunión la aumenta objetiva y subjetivamente. Hace ~~mas~~ cada vez más difícil que El Salvador sea viable como nación. Y para ser independientes necesitamos ser nación, necesitamos hacer viable que el pueblo salvadoreño se convierta en nación no autosuficiente pero sí autónoma. Pero, ¿cómo terminar con la guerra civil, si no es por la negociación, y cómo comenzar con la negociación si no se reconoce que hay dos partes ~~en~~ conflicto, una guerra fratricida en la que de un lado están "cuantos consideran la lucha armada como un instrumento necesario para conseguir un nuevo orden ~~sociocultural~~ social" y del otro "cuantos recurren a los principios de la 'seguridad nacional' para legitimar represiones brutales" (Juan Pablo II)? Se afirma engañosamente que cuando el FMLN pide negociación lo que está pidiendo es participación actual en el poder del Estado. Esto es un falso concepto del diálogo y de la negociación que no ~~pa~~ aparece así en las propuestas del FDR y del FMLN; ese es un pretexto para justificar la negativa al diálogo y a la negociación.

Y la negociación es necesaria porque la guerra, lejos de terminarse o siquiera limitarse se prolonga y se profundiza. Una y mil veces ha repetido el Alto Mando que



la guerrilla está ya prácticamente derrotada; otras tantas veces la realidad ha demostrado que lejos de estarlo cada vez está más fuerte. En el mes de octubre se ha dado de nuevo una violenta ofensiva del FMLN, quizá la más fuerte, la más coordinada y la de resultados más prolongados. Poblaciones importantes una vez más están bajo control guerrillero; el cerro de Guazapa a escasos kilómetros de la capital sigue siendo centro de operaciones guerrillero; las carreteras y todo el sistema de comunicaciones están seriamente obstaculizadas; el Oriente entero donde vive una buena parte de la población salvadoreña lleva meses y meses en que la energía eléctrica, el agua, la gasolina, los alimentos, el trabajo van siendo cada vez más difíciles de conseguir; la propia Fuerza Armada anuncia con frecuencia notas luctuosas con los nombres de los soldados caídos con dignidad y heroísmo en múltiples combates; no hay punto de la nación donde no se deje sentir con una intensidad u otra la tragedia de la guerra. Ante esta situación suicida para la patria no cabe sino decir con toda fuerza patriótica: BASTA YA DE GUERRA. Terminemos cuanto antes con la guerra, porque la guerra está terminando con el país, porque la guerra no sólo no está trayendo la paz, pero ni siquiera la victoria. Lo que está trayendo es más y más dolor y destrucción.

El "Pacto de Apaneca", cuyo significado se analiza en este mismo número de ECA, pretende ser un solución política para la guerra. Pero el "Pacto de Apaneca" no enfrenta directamente el problema de la guerra. Pensar que el juego electoral puede terminar con la guerra es, por un lado, remitir muy lejos el final de la sangría nacional y es, por otro lado, apostar en favor de una solución que en Marzo de 1982 ya ha sido probada y que ha resultado fallida en cuanto a la solución del problema militar, de la represión y del sabotaje. Es necesaria una solución política, pero solución política real. Y no se ve otra solución política real y realista distinta de la que pase por la aceptación de ambas partes. Y esta aceptación no puede venir sin alguna suerte de diálogo. La guerra ya ha dado de sí cuanto podía dar. Como dice el Papa Juan Pablo II ya no puede estimarse la violencia como solución racional y mucho menos como solución cristiana, como solución ética. Los que hoy están por la guerra



-y están por la guerra cuantos están contra la negociación- están contra la razón, están contra la moral, están contra el mensaje cristiano. No lo decimos nosotros; lo dice el Papa refiriéndose específicamente a la situación salvadoreña.

Resueto este problema de la guerra, resueto con ello el problema que más impide la unidad nacional, aunque sea de un modo incipiente, estaremos en condiciones de afrontar el problema de la independencia nacional. La unidad es condición necesaria ineludible de la independencia nacional. Quien no busca la unidad y la superación de la guerra no está buscando la independencia nacional.

Sólo una nación unida, sólo una nación fuertemente constituida puede plantearse el problema de la independencia. Independencia del Este y del Oeste, independencia de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Lo cual no supone que deje de haber interdependencias, lo cual no supone el desconocimiento de que lo que representa la potencia y la proximidad de Estados Unidos. Ser independiente de Estados Unidos no significa ser una nación enemiga de Estados Unidos. Pretenderlo sería un suicidio económico y político. Somos un país dependiente desde muchos puntos de vista; difícilmente podremos sobrevivir sin la ayuda del capitalismo internacional. Estados Unidos puede vivir sin nosotros, aunque no tan perfectamente contra nosotros. La relación es ciertamente desigual, pero la desigualdad no tiene por qué convertirse, como ahora, en indignidad: indignidad por su parte imponiéndonos criterios políticos y mandos políticos y militares; indignidad por nuestra parte, cuando hipotecamos por unos dólares o por unos puestos nuestra propia capacidad de autodeterminación y autodirección. Hay que repensar a fondo lo que es la independencia nacional, cuáles son los límites que no se pueden traspasar y que hoy los hemos traspasado ya. Se necesita recuperar y reconquistar la independencia nacional, una independencia que entre nosotros no fue nunca muy grande, pero que hoy apenas merece el nombre de independencia.

Ahora bien esta independencia no debe confundirse con el nacionalismo propiciado



por grupos particulares, que se apropian indebidamente la exclusiva del patriotismo y de la nacionalidad. Propiamente no puede haber grupos nacionalistas. El concepto es contradictorio en sí mismo, porque exclusiviza para una parte la totalidad de la nación. Es la nación entera la que ha de ser nacionalista, es la nación entera el sujeto de la independencia. El nacionalismo independiente es el de un pueblo solidario que se autodetermina, no el de una clase o de un grupo social que apelando al nombre de la patria mira por sus propios intereses antes que por los de la totalidad del pueblo. No es nacionalista, en efecto, el que saca ingente cantidad de divisas del país para asegurar su propia fortuna en el extranjero mientras en El Salvador no hay moneda extranjera para comprar medidas y para hacer inversiones necesarias; no es nacionalista el que considera horda criminal a grupos grandes de salvadoreños que luchan por reclamar sus derechos y porque reine la justicia en el país; no es nacionalista el que exige a la Fuerza Armada mayor efectividad para defender sus intereses poniendo ella y el pueblo los muertos y el costo de la guerra; no es nacionalista el empresario, el militar, el gobernante, el líder político que es dirigido desde fuera y que obedece a intereses foráneos antes que a los llamados de su propio pueblo; no es nacionalista, en fin, el que se embarca en una guerra fratricida y expulsa del territorio nacional a cientos de miles de salvadoreños y entierra en suelo salvadoreño a otras decenas de miles. No es este el nacionalismo ni la correspondiente independencia que necesitamos, porque esta independencia lejos de serlo es en realidad forma de dominación de unos pocos sobre otros muchos y, a su vez, forma de sumisión de las élites dominantes a fuerzas internacionales.

La independencia nacional en 1982 tiene que ser otra independencia distinta, una independencia nueva que nunca tuvimos. Se pensó que el 15 de Octubre de 1979 abría una nueva etapa por el camino de la justicia hacia una verdadera libertad del pueblo y hacia una independencia nacional; no se pudo recorrer este camino por la intolerancia y la ~~compr~~ incompransión de unos y otros. Se pensó que el 28 de Marzo de 1982 podría abrirse una nueva senda, la senda electoral, hacia la autodeterminación

del pueblo y hacia una mayor independencia; no ha sido así hasta ahora, porque ni las elecciones fueron de toda la nación ni su resultado ha sido operativo a la hora de entrar en una etapa nueva. En las dos fechas ha fallado lo mismo: no ha participado todo el pueblo, no ha participado cualitativamente toda la nación. Tampoco la moderada posición transicional del "Pacto de Apaneca", que prepara de nuevo la vía electoral, deja la posibilidad de organizarse a todo el pueblo para participar en ella. Así tenemos que los dirigentes internos del FDR, que agrupa partidos y organizaciones políticas aceptados internacionalmente como verdaderamente democráticos, son secuestrados por "hombres fuertemente armados vestidos de civil", son negados en un primer momento por los Cuerpos de Seguridad y sólo cuando la presión internacional presiona para que se haga justicia, aparecen en manos de la Fuerza Armada, que para justificarse hace una declaración acusatoria intolerable. ¡Qué tremenda acusación contra la Fuerza Armada en que haya resultado ser agentes de los Cuerpos de Seguridad esos "hombres fuertemente armados vestidos de civil" que tantas veces aparecen como los responsables de desaparecimientos que acaban en muerte! ¿Es que no hay suficientes uniformes para desempeñar funciones, que luego la propia Fuerza Armada estima como legales? Que de una vez por todas se responsabilicen de estos "hombres fuertemente armados vestidos de civil" quien deba responsabilizarse. Esa misma cualificación tuvieron los que apresaron hace cerca de dos años a los dirigentes del FDR que luego aparecieron asesinados. Los Cuerpos de Seguridad deben controlar a esos grupos que luego se llaman para-militares y a los que se atribuyen una buena parte de los cerca de cuarenta mil asesinados que han aparecido en El Salvador en estos tres últimos años.

Por estas clarificaciones pasa el nuevo nacionalismo, la nueva unidad y la nueva independencia. Para lograrse la independencia de 1821 fue la ciudadanía salvadoreña y centroamericana -no el ejército- quien comenzó a consolidarse haciendo un pacto social táctico y, así unida, pudo exigir al imperio español que retirase su domina-

ción y las autoridades que la imponían del territorio centroamericano. Hoy necesitamos de un nuevo pacto social, que abarque a todos los salvadoreños de buena voluntad para que abandonando el camino de las armas se logre un acuerdo político negociado, que termine con el enfrentamiento, termine con la represión, termine con el sabotaje. Así aliados, sin caer en la uniformidad y respetando el pluralismo, podremos empezar la reconstrucción y podremos ir alcanzando una independencia, que hoy nos es indispensable para no quedar convertidos en juguete de intereses de las grandes potencias. Para ello, lo reiteramos una vez más, es indispensable el diálogo patriótico, aquel del que la Conferencia Episcopal de El Salvador ha dicho: "por eso mismo exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero, claro, leal, animado de buena voluntad y de un espíritu de auténtico patriotismo, poniendo por encima de los intereses particulares o de un grupo, la unión de la familia salvadoreña" (Mensaje pastoral de la Conferencia Episcopal, 15 de Julio de 1982). Difícil es el camino del diálogo, pero mil veces más difícil y costoso es el camino de la guerra. La guerra ha fracasado, las elecciones sin diálogo también. Es posible que también fracase el diálogo, pero es urgente intentarlo. No pudo ser el primer acto de este drama; probemos a ver si puede ser al menos su epílogo. Los peligros de emprenderlo son mucho menores que los de no acometerlo. Los que se oponen a él no son hoy objetivamente verdaderos patriotas, pues no quieren la unidad nacional y, como consecuencia, hacen imposible la independencia nacional en 1982. Hacen incluso muy difícil la supervivencia de El Salvador como nación.

27-October-1982

